

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
GRADO EN FILOSOFÍA

FILOSOFÍA DE LA MENTE

Pr. Mariano Luis Rodríguez González

Curso 2019-2020

Recensión del libro

La naturaleza y la norma: lo que nos hace pensar

Xabier Vila-Coia

El presente trabajo es una reseña del libro de Jean-Pierre Changeux y Paul Ricoeur titulado *La Nature et la regle: ce qui nous fait penser*, editado originalmente en el año 1998. Mi comentario está hecho a partir de la edición española publicada en 2017 por el Fondo de Cultura Económica con el título *La naturaleza y la norma: lo que nos hace pensar*, traducido por Carlos Ávila Flores. El número de páginas que contiene es de 317, en un formato de 15,5 cm X 23 cm.

La obra se estructura como un diálogo entre especialistas de máximo nivel mundial y consta de siete capítulos. A saber: I. Un encuentro necesario; II. El cuerpo y el espíritu: en busca de un discurso común; III. El modelo neuronal en la prueba de la vivencia; IV. Conciencia de sí mismo y conciencia de los demás; V. En los orígenes de la moral; VI. El deseo y la norma; VII. Ética universal y conflictos culturales.

En el primer capítulo se presentan los autores a sí mismos:

Jean-Pierre Changeux (nacido en 1936; autor de *L'Homme neuronal*) se define como investigador del funcionamiento del sistema nervioso y del cerebro humanos, además de biólogo molecular.

Paul Ricoeur (1913-2005; autor, entre otras obras, de *Filosofía de la voluntad*) es un reconocido pensador formado en el existencialismo, el personalismo y la fenomenología. En la página 10 nos advierte de que su posición en el debate se enmarcará precisamente en la filosofía fenomenológica, hermenéutica y reflexiva.

En las páginas iniciales Changeux plantea el problema central de la obra en toda su dimensión: cómo es posible que a partir de los elementos físicos que son las moléculas se deriven cuestiones tan inmateriales como «la percepción de lo bello o el poder creador científico». Aquí es donde ubica el encuentro entre la filosofía y la neurobiología, entre el cerebro y el pensamiento; siendo su conclusión que «hay mucho desconocido pero nada incognoscible».

A su vez, Ricoeur se retrotrae a la tradición filosófica (cita a Platón, Descartes, Spinoza, Leibniz y Bergson) y al problema que plantearon respecto a «la unión del alma y el cuerpo». Aunque no porque sea un fiel creyente en esta dualidad, sino más bien porque partiendo de una excesiva simplificación se ha enfrentado «el dualismo espiritualista y el monismo materialista». Identifica un discurso anatómico-fisiológico (referido a las neuronas y sus sinapsis) y un discurso que habla de valores, emociones, motivaciones y conocimientos. A esta realidad la denomina «amalgama semántica», y la considera un oxímoron del tipo: «El cerebro piensa».

En esta cuestión, el prestigioso neurobiólogo identifica no dos, sino tres tipos de discursos. Al igual que Ricoeur, entiende que el primero de ellos se refiere a la estructura y organización macroscópica y microscópica cerebrales. Y el segundo a nuestra vida emocional y conductual, así como a nuestros

pensamientos. El tercer discurso trataría de unir «lo anatómico y lo comportamental, lo descriptivo neuronal y lo percibido-vivido».

El capítulo segundo comienza con una pregunta trascendental del autor de *El conflicto de las interpretaciones*: ¿Cómo unificar el discurso de lo psíquico y el discurso del cuerpo? Pregunta a la que no se logra dar respuesta acabada en ningún momento en *La naturaleza y la norma*, a pesar de los múltiples intentos por parte de ambos pensadores. Incapacidad que yo veo magníficamente expresada en la siguiente reflexión de Ricoeur: «Mi cerebro no piensa, pero mientras yo pienso, ocurre siempre alguna cosa en mi cerebro. ¡Hasta cuando pienso en Dios!» (pág. 46).

En oposición, Jean-Pierre Changeux hace uso de las últimas investigaciones de las neurociencias para defender sus planteamientos materialistas. Entre ellas destacaré aquí dos de las cuatro que refiere:

1) La neuropsicología, cuyo desarrollo muestra que existe «una correspondencia efectiva entre funciones psicológicas, datos fisiológicos y anatomía nerviosa» (pág. 53).

2) La imaginería cerebral: gracias a la cámara de positrones, la resonancia magnética funcional y la electroencefalografía, se obtienen diferentes tipos de imágenes que muestran la actividad cerebral y mental de una persona. Todas ellas, entiende Changeux, «permiten obtener hechos físicos sobre la interioridad psicológica» (pág. 73).

La réplica de Paul Ricoeur manifiesta su escepticismo respecto a esta aparente solución pues considera que no se llega a demostrar un nexo evidente entre el discurso neuronal y el discurso psíquico, y tampoco se logra articular un tercer discurso alternativo.

Es por ello que en el siguiente capítulo se profundiza en las técnicas por medio de las cuales se pretende aseverar que existe una relación objetiva entre lo psicológico y lo neuronal. Siguiendo en todo momento los presupuestos del método científico, explica Changeux, el observador recaba datos a través de los equipos citados, elabora un modelo explicativo y lo pone a prueba. Todo ello al objeto de hallar un vínculo entre las redes neuronales y la información que circula por ellas con los estados mentales, la conducta y las estrategias de razonamiento del individuo investigado. El fin último es constatar la existencia de una «neurobiología del sentido»; o lo que es lo mismo, probar que las representaciones que genera nuestro cerebro se sustentan en una base puramente física.

Al profesor Ricoeur, aun estimando la seriedad y rigurosidad de este planteamiento, no le parece sino una cierta clase de fabulación en tanto en cuanto no se da un isomorfismo («correspondencia de término a término») entre ambos planos.

Para contrarrestar dicha valoración, Changeux trae a colación un ejemplo que si bien guarda cierta distancia en relación con la dinámica cerebral, considero que es un argumento de peso si se analiza con detenimiento. En la página 91 dice: «Las funciones psicológicas son a la organización cerebral lo

que, en un nivel inferior, la actividad catalítica de una enzima es a la secuencia de sus aminoácidos». Es decir: también nos podría resultar incomprensible cómo una enzima, cuya cadena de aminoácidos es perfectamente conocida, realiza su función metabólica. Pero esto ha sido determinado paso por paso porque es más sencillo averiguarlo (e incluso reproducirlo) que los mecanismos íntimos de la actividad cerebral en cualquiera de sus variantes. No obstante, por afinidad, su naturaleza ha de ser en cierto modo similar y por ende cognoscible. No habría nada mágico ni espiritual en ella.

En el capítulo IV nos adentramos en «El espacio consciente», y en la «Conciencia de sí mismo y conciencia de los demás».

Debo destacar de él una inicial reflexión de Ricoeur que me parece fundamental. En la página 140 resalta que, en efecto, el modelo explicativo defendido por Jean-Pierre Changeux es relativamente avanzado en sus capacidades técnicas pero, en contraposición, su verificación experimental es muy modesta dada la magnitud del problema que trata de resolver. Y añade otra idea no menos relevante: que dicho modelo se autoproclama hegemónico, obviando que una gran parte de sus avances se los debe a disciplinas del todo ajenas a las ciencias neuronales pero no por ello menos reflexivas, como la filosofía.

En su contestación, Changeux no se opone a la investigación multidisciplinar (biológica, antropológica, sociológica, filosófica...), pero señala que dados los progresivos avances de las ciencias del sistema nervioso central, por sí solos son suficientes para engendrar una preocupación generalizada por su hegemonía.

No le falta razón. Porque, por definición, sus resultados (los de las ciencias neuronales) pueden ser contrastados por otros investigadores y hasta por cualquier persona. Y porque no resulta sencillo falsarlos con deducciones ni con razonamientos sustentados «en el aire». Hándicap con el que tropieza el propio Ricoeur a lo largo de toda la obra.

Siguiendo el hilo que guía esta reseña quiero resaltar en este capítulo cuarto el apartado intitulado «¿El espíritu o la materia?», dado que aborda un concepto determinante en la historia de la filosofía y en los intentos de explicar las capacidades racionales humanas.

Subraya Changeux en la página 172, mencionando a Spinoza y a Comte, que un «enfoque naturalista» (materialista) del problema tiene que prescindir de manera absoluta de la metafísica y del antropocentrismo. También nos recuerda que la creencia, predominante en la civilización occidental, en que todo hombre posee un espíritu inmortal e inmaterial es algo que tienen que combatir cada día los neurobiólogos. Y concluye que desde una perspectiva racional solo es posible una concepción materialista del mundo.

Asimismo, no pasa por alto que los dogmas (religiosos, ideológicos...) limitan y encorsetan el pensamiento y la acción de las personas. Por eso los contraponen a la investigación científica, la cual no se pone límites y si sobrevive es gracias a la búsqueda de la verdad que la caracteriza.

Por su parte, Paul Ricoeur, creyente de religión protestante, concibe la palabra «espíritu» como una voz «dotada de una polisemia muy rica en el plano de la vivencia». Tan polisémica le parece que le asigna tres significados distintos: el espíritu como lo mental; como regulador de las actividades de conocimiento, acción y sentimiento; y como inspiración.

Y del mismo modo que se le puede reprochar a Marx que las actividades de los hombres no son únicamente económicas, Ricoeur nos recuerda, con acierto, que «la experiencia humana no sólo es científica» (pág. 177).

Los capítulos V («En los orígenes de la moral») y VI («El deseo y la norma») están interrelacionados y abordan una cuestión de extrema complejidad; tal es si las normas morales y los valores éticos tienen una base biológico-evolutiva y si se transmiten por esta vía de generación en generación. Esta posición los conduce a plantearse si existe o no una moral universal.

Jean-Pierre Changeux retoma al Darwin de *El origen del hombre*, en donde el insigne naturalista afirma que el animal tiene un sentido moral que deriva y se sustenta en la simpatía, en la memoria, en el hábito y en el lenguaje. Además, las normas morales de la sociedad también provendrían de los instintos innatos del ser humano.

Según Darwin, escribe Jean-Pierre Changeux, el hombre está dotado de «una fuerza impulsora absolutamente independiente de la búsqueda del placer o de la dicha, que parece ser el instinto social del que está profundamente impregnado» (págs. 189 y 190). Esta fuerza, nacida de la razón, lo llevaría a intercambiar y compartir su simpatía y sus instintos sociales con sus congéneres. Inicialmente con los pertenecientes a su mismo grupo, y con posterioridad con todos los seres humanos y también con los animales. Todo ello lo habría conducido a una especie de «regla de oro» de la conducta moral, expresada por Changeux como una cuarta formulación del imperativo categórico kantiano: «Haz a los hombres lo que quieras que te hagan a ti mismo».

En Charles Darwin esta regla de oro procede de la evolución moral del hombre, la cual es continuadora de su evolución biológica; pero el objetivo de Changeux es mucho más ambicioso ya que busca «lo que, en la evolución biológica, prepara la regla de oro» (pág. 193). Por esta razón considera inevitable que nos hagamos la pregunta acerca de la «herencia» (las comillas son de Changeux) no solo biológica, sino también cognitiva (neurocognitiva) y cultural (neurocultural) de nuestras normas morales (pág. 256). Esto es; pretende descubrir las hipotéticas bases moleculares de la moral humana.

La réplica de Paul Ricoeur a semejante meta no es tan concreta como lo es el desarrollo teórico que hace su oponente. Al igual que en otros pasajes del libro, evita mostrarse como un furibundo opositor a los descubrimientos de la biología y la neurología, por eso admite la factibilidad de unos supuestos «antecedentes biológicos» de la ética. Pero, como genial filósofo que fue, realiza observaciones que nos obligan a meditar. Destacaré tan solo dos:

«Me permito observar en esta etapa que sabemos mucho más por la reflexión de los moralistas, por la literatura, la novela, que por las neurociencias» (pág. 199).

«¿Necesitamos conocer mejor nuestro cerebro para conducirnos mejor?» (pág. 201).

El último capítulo no podía sino abordar lo que su título nos adelanta: «Ética universal y conflictos culturales».

Nos introduce en el tema Paul Ricoeur con la observación, que nadie puede negar, acerca de la pluralidad existente en las sociedades evolucionadas. Parece defender una posición relativista desde el punto de vista ético pues habla de «las concepciones del bien» (pág. 257), en plural, aunque al mismo tiempo abre la puerta al objetivismo moral en tanto en cuanto distingue entre convención y convicción, resaltando que, a su entender, la palabra «convención» no recoge verdaderos juicios morales (pág. 240).

Por el contrario, Jean-Pierre Changeux es extremadamente preciso en sus aseveraciones y en todo momento se muestra partidario de instaurar una «ética natural y universal». Para ello es consciente de la necesidad de superar importantes obstáculos como la conflictividad ocasionada por las diferencias religiosas y culturales. Cree que hay una confrontación radical entre el conocimiento científico y las doctrinas religiosas (señala al fundamentalismo católico y al musulmán), como ocurre, por ejemplo, cuando aquellas se oponen a los métodos de control de la natalidad obviando la superpoblación que hay en el mundo y los retos que plantea.

Ricoeur, puntualizando con lucidez que la humanidad es de por sí conflictiva, está de acuerdo con su interlocutor en esta cuestión, si bien le subraya que también existe un discurso antirreligioso violento que no deja de ser un fenómeno de intolerancia que es preciso erradicar. La solución al mismo residiría en una elección: preferir la argumentación, la discusión y el discurso a la violencia. Ahora bien: «¿Qué nos hace entrar en el discurso en lugar de quedarnos en la violencia? ¿Basta para ello la ciencia?».

COMENTARIO CRÍTICO

El reto que acometieron Jean-Pierre Changuex y Paul Ricoeur en este libro es realmente complejo y yo diría que inabarcable en el estado actual del conocimiento humano.

Esta dificultad se constata a lo largo de toda la obra y, a mi entender, es la causa por la que el texto resulta de difícil lectura ya que se citan incontables autores, muchos de ellos tan solo conocidos por superespecialistas en la materia de que se trate. Además, el elevado número de referencias obstaculiza la comprensión y el análisis de los argumentos y explicaciones que el científico y el filósofo ofrecen el lector.

Asimismo, en no pocas ocasiones ambos pensadores se enredan en disquisiciones terminológicas que les impiden llegar al fondo del asunto que están tratando, de manera que el resultado es decepcionante para quien los está siguiendo, incluso aunque lo haga con suma concentración y atención.

En la mayor parte del diálogo Ricoeur va a rebufo de las exposiciones de Changuex, y suele dar respuestas más abstractas, menos comprensibles. De hecho, en bastantes pasajes el lector tiene la sensación de que Ricoeur es la voz de un mundo de ultratumba, incapaz de ofrecer soluciones convincentes a los interrogantes y a los retos que el estudio del encéfalo humano plantea en la actualidad. En contraposición, Jean Pierre Changeux, con su dominio de la ciencia cognitiva y neurológica, y con la utilización de técnicas de investigación complejas (generadoras de imágenes), resulta más inteligible y convincente. No obstante, al estudiar con detenimiento los resultados que ofrecen los procedimientos por él reseñados nos damos cuenta de que, en realidad, esas investigaciones explican poca cosa: no desentrañan ningún enigma ya que son simples registros de carácter empírico.

Changeux afirma en varios pasajes de la conversación que no debemos confundir lo desconocido con lo incognoscible, y que para él nada es incognoscible. Es decir, presupone que la capacidad de la mente humana, o de los artilugios que pueda crear, es ilimitada; de modo que llegado el caso el hombre puede llegar a ser omnisciente.

Lo que impera en el cerebro del discípulo de Jean Monod es una fe que lo lleva a creer en la ciencia de forma absoluta. Se trata de la misma fe que a otras personas las conduce a creer en un Dios también omnisciente además de omnipotente. La naturaleza de ambos tipos de fe es idéntica, lo único que varía es el objeto al que se profesa.

En mi opinión, podría ser que, en efecto, no exista un límite al conocimiento, pero lo que sí existe, sin ningún género de duda, es un límite biológico de las neuronas del cerebro humano para conocer.

Personalmente, lo que extraigo de esta lectura es que de igual manera que en épocas anteriores de la historia fue un misterio, pongamos por caso, cómo circulaba la sangre a través del cuerpo o cómo se

producía la fecundación y el desarrollo del feto, en la actualidad es un misterio todavía mayor el mecanismo íntimo de las funciones y los procesos cerebrales, aun para los más reputados especialistas en neurobiología.

Mi conclusión final es la siguiente: corresponde al filósofo, por su preparación e intuición, hacerse las preguntas que busquen indagar en toda su profundidad y extensión en las cuestiones que preocupan al ser humano, y proponer además posibles respuestas. Estas preguntas y sus respuestas asociadas indicarán a los científicos el camino a explorar en sus investigaciones, las cuales han de dirigirse a corroborar o descartar las soluciones postuladas. Una vez finalizadas las pesquisas, sus resultados deben retornar al filósofo, quien los reevaluará desde la perspectiva propia de su disciplina, planteando de inmediato nuevos interrogantes que deben ser resueltos, reiniciando así un proceso de retroalimentación entre la filosofía y la ciencia que no tiene ni debe tener fin.